

GLOSARIO

A don Enrique Molina le ha correspondido, en América la medalla Goethe, concedida por el Presidente alemán a los que más se distinguieron en el mundo en la conmemoración del centenario del gran poeta. Demasiado vinculado a esta Revista que él anima desde hace años con el fervor y la generosidad de un noble espíritu, no podemos dejar pasar esta oportunidad sin el comentario correspondiente. La Universidad de Concepción dedicó una semana a la conmemoración de Goethe, desarrollando una labor interesantísima de divulgación y de análisis de la obra del creador de Fausto. En una de las esas sesiones leyó el señor Molina el enjundioso ensayo que nuestra Revista publicó en su número anterior y que constituye uno de los mejores aportes para el conocimiento de la personalidad de Goethe. Por su parte, ATENEA, consagró el número correspondiente a Marzo de este año a conmemorar el centenario, publicando trabajos originales de conocidos escritores chilenos. Asimismo, en números posteriores ha continuado insertando estudios relacionados con la obra múltiple del gran poeta.

La prensa de Santiago refiriéndose a la condecoración del gobierno alemán ha elogiado la personalidad del señor Molina. Reproducimos a continuación un artículo de «El Mercurio», de fecha 29 de Agosto: intitulado:

Medalla Goethe.—El reciente centenario de la muerte de Goethe, ha sido objeto de festividades en el mundo entero. Las más diversas latitudes fueron testigos del reconocimiento con que los hombres de hoy acogen el nombre de quien ha encantado a varias generaciones con los seres nacidos de su fantasía y con el ritmo de sus poemas. En Chile la perdurable actualidad de Goethe encontró un resonador oportuno y precioso en la Universidad de Concepción. Esta institución de cultura auspició una semana goethiana en la cual se leyeron conferencias sobre el poeta de Weimar y se verificaron actos públicos en homenaje a su memoria.

Esta labor de divulgación de la obra inmarcesible de Goethe no ha pasado inadvertida en Alemania. El Presidente del Reich ha galardonado con la medalla Goethe a un grupo selecto de escritores y gobernantes del mundo entero que han prestado atención al centenario goethiano, y entre ellos figura don Enrique Molina. El señor Molina, presidente de la Universidad de Concepción, tomó participación muy directa en la conmemoración oficial que ésta hizo de Goethe, tanto al acoger en la institución que preside un programa de

festejos como al redactar él mismo uno de los más importantes trabajos leídos en las sesiones públicas.

Conocido por todo el país por su cultura, su elevación filosófica, su amor a la enseñanza y sus obras literarias y educacionales, el señor Molina no necesita elogios; la distinción que le ha otorgado el Gobierno del Reich es merecida de sobra, y todos los chilenos estarán contestes en afirmarlo.



LOS escritores franceses de vanguardia, que se agrupan en la revista *Plans* la mayor y más firme contribución del pensamiento joven en la lucha de las ideas, consideran que la crítica en Francia, está en decadencia: crítica literaria o crítica de ideas. Georges Dupeyron expresa más o menos lo siguiente, en un documento demoledor, de altivo acento polémico, que intitula *Bassesse de la critique*. Antes de la guerra, cuando la literatura era considerada como un juego gratuito, como una manera elegante y distinguida de ocupar los ocios que permitía una existencia sabiamente ordenada y que de acuerdo con las posibilidades económicas—vacaciones, rentas sólidas—dejaba tiempo para cultivar el «yo», podía decirse que existía aún la crítica.

Después de la guerra, escribe Dupeyron, los críticos en su inmensa mayoría han abdicado de su personalidad: se han puesto al servicio de una casa editora, a sueldo de un clan o de una capilla literaria. Si esta abdicación de su razón de ser o de escribir, estuviera dirigida por un razonamiento exclusivamente partidista, mejor que mejor. El «parti pris» es necesario sobre todo en crítica doctrinal y son unos mentirosos oportunistas los que pretenden juzgar bien o mal, sin tomar francamente una posición. Pero en la actitud empalagosa, vacilante y a veces agresiva de los críticos de post-guerra hay, fuera de una insuficiencia evidente, un oculto interés. (Si no estuviéramos comentando a un escritor francés sobre cosas francesas diríamos que era un escritor hispanoamericano, sincero, el que estampa tales declaraciones, observadas en ambientes americanos). El uno trata de ganarse a los autores que sería peligroso vapulear, sobre todo si pretende ganar algún sillón académico; el otro perdería su sitio si denunciara la mediocridad de escritores que levanta cierta publicidad interesada o las intrigas o cábalas de los salones y rincones literarios de que está lleno el ambiente. En seguida la farsa de los Premios Literarios, con la secuela de la especulación sórdida, termina por disolver los restos de «conciencia profesional» de los modernos Aristarcos.

Pero esta vez el público—agrega Dupeyron—que ya no es

el asno al que se dirigía M. Vautel, toma el camino que le corresponde: desdeña a esos consejeros ridiculizados, deshonorados que tan mal le orientaban y busca simplemente los avisos pagados de los grandes cotidianos. Esto es lo regular y lo leal. Por lo menos saben a qué atenerse. Compre Ud. Mauriac o Delteil. Valen tanto... Tanto por la intriga, tanto por el estilo...

Y todo eso en cinco líneas. Como si se tratara del *Amer Picon* o de la *Vache qui Rit*.

¿Tal vez Dupeyron es excesivo? Posiblemente. Pero es un escritor sincero, que es más importante. Añade luego estos conceptos llenos de verdad: Los críticos de moda, queremos decir, los críticos que están al servicio de las casas editoras, de las revistas o de otros cenáculos—la literatura en Francia se halla dirigida por la extrema derecha o por la izquierda cartesiana, lo que en la práctica resulta una misma cosa—o bien no entienden absolutamente nada del movimiento de las ideas en el mundo en efervescencia o en creación de hoy o bien hacen como si nada comprendieran, puesto que en una época en la que la civilización burguesa y capitalista se encuentra seriamente amenazada, ellos dependen mucho menos de las Academias y de las capillas literarias, que de los poderes establecidos. Nada ven de la época que viven. En nombre del buen sentido y de la verdad, luchan por la mentira y por la sin razón. Todo el mundo sabe que los únicos libros que hoy se anhelan son los libros de crítica y de investigación de la realidad. Crítica de una civilización que por sus concepciones ideológicas, es la responsable de la guerra y de la catástrofe que ha desencadenado sobre occidente.

Es decir, la crítica se ha mercantilizado y se ha puesto al servicio de ideologías caducas, cerrándole el paso a las obras que analizan con espíritu generoso y comprensivo, la dura realidad presente.—*M.*



A NUESTROS LECTORES Y SUSCRIPTORES

Advertimos a nuestros lectores y suscriptores que en lo que resta del año, se publicarán sólo dos números de ATENEA. Uno correspondiente a los meses de Septiembre y Octubre, que aparecerá a fines de este último mes y otro correspondiente a los meses de Noviembre y Diciembre que aparecerá en la segunda quincena de Diciembre.



La oficina de ATENEA, en Santiago, ha sido trasladada, en el mismo edificio *La Mutual de la Armada*, al piso 4.º oficina 22.